

Luis XVI que mandara al conde de Artois que se estuviera quieto.» Leopoldo no podía comprometerse en nada con Francia, ínterin la cuestión de Oriente estuviera abierta. Cerrada ya ésta, íbase ahora á Pillnitz á resolver sobre la suerte de Polonia y de la revolución francesa. Respecto á Polonia, el plan del emperador consistía en un compromiso que cerrase el advenimiento al trono de príncipe alguno de las tres potencias fronterizas Prusia, Rusia y Austria, y respecto de Francia, creía que se debía cortar el mal en su raíz, pues decía á Bischoffwerden el día 13 de Junio que las máximas de los Jacobinos habían penetrado en Italia y que en todas partes se sentía una ruda agitación.

Leopoldo recibió en Padua—en la república de Venecia,—la noticia de la fuga de los reyes de París que se le dió como afortunada, pero luego supo su detención en Varennes, y cada día fué recibiendo noticias más y más graves sobre la situación de los reyes, y por consiguiente de los peligros que estaba amenazada su hermana. Deseando, pues, venir de una manera eficaz en su auxilio, desde Padua dirigió á las potencias una circular fecha del 6 de Julio, á fin de establecer una inteligencia común en los negocios de Francia. En ella manifestaba altamente el emperador su intención de poner su ejército en pie de guerra; pero las órdenes se limitaron á movilizar algunos regimientos, de donde los prusianos coligieron que el emperador estaba más dispuesto á hablar que á obrar, si es que no quería dejarles á ellos que sacasen las castañas del fuego. Así de Prusia se escribió á su embajador en Viena diciendo que se aguardaría á ver lo que hacía el emperador antes de decidirse á tomar partido.

Leopoldo principió por convenir con Bischoffwerden en un tratado particular con Prusia su acción común, y respecto de Francia, y de lo que se había dicho de la exclusión de las tres potencias de la corona de Varsovia, garantizando además á su rey los límites territoriales actuales de la reina y la Constitución de Estanislao. Sobre esta base, el 27 de Julio, el príncipe de Reuss presentó en Berlín una memoria en la cual el emperador exponía su manera de ver acerca de la liga europea. Esa memoria estaba redactada en la habitual prudencia y reservas de Leopoldo. Después de haber hecho resaltar, para legitimar la intervención, la naturaleza contagiosa de las ponzoñosas doctrinas de los revolucionarios, proponía una declaración unánime de las potencias á la Asamblea nacional francesa invitándola á detenerse en la vía de perdición que había emprendido, si esta intervención quedaba sin efecto

las potencias debían suspender todo comercio y relación con Francia, debiéndose reunir en Congreso á seguida en Aquisgran ó Spa, á fin de tratar de las medidas que ulteriormente convenía tomar. Allí se deliberaría acerca de la Constitución futura de Francia, caso que fuera necesario intervenir por las armas, pero en honor de la gran causa que se iba á acometer, todas las naciones debían principiar por renunciar á hacer adquisición alguna territorial.» Ahora bien, como el emperador ponía por condición precisa de cuanto se hiciera la cooperación de Inglaterra, y ésta rechazaba toda idea de intervención, la cosa en realidad quedaba reducida á una simple demostración.

Prusia recelosa siempre de la política de Leopoldo, quiso precisar más los puntos. Respondió, pues, al emperador, que hablar alto y no acompañar las palabras con la acción era de pésimo efecto, é indigno de tan grandes potencias. Que en Aquisgran nada se podía resolver por lo encontrado de los intereses que allí estarían representados, y que si bien creía justo lo que proponía el emperador de toda renuncia á engrandecimientos personales para el caso de que se restableciera en su integridad á Luis XVI, debía ocurrir el caso de que la guerra diera otros resultados, por ejemplo, si se llegara á reconquistar la Alsacia y la Lorena, en este caso, preguntaba Prusia ¿se las devolveremos á Francia? ¿Se las quedaría para sí Austria? ¿En este caso qué compensación se daría á Prusia? En fin, en Berlín se decía al emperador, que era preciso la cooperación de Inglaterra, pero que más se debía reflexionar sobre la del imperio.

Como en esto ocurrieron los sucesos del campo de la federación, Leopoldo se aprovechó de la contestación de Prusia para considerar rotas las negociaciones sobre la proyectada intervención, pero procurando obtener de Lafayette lo que se proponía, por lo que desde aquel momento se mostró completamente contrario á todo proyecto de intervención extranjera. Leopoldo, pues, procuró convencer á los reyes, á los emigrados, lo mismo que á los jefes de los constitucionales, á que transigieran noblemente sus diferencias, pero en esto el emperador no pudo más que los jefes de la izquierda y de la mayoría de la Asamblea nacional.

Con este cambio de conducta, la coalición europea quedaba rota y la actitud de Rusia, después de haber firmado la paz con la Puerta, amenazaba con hacerla imposible en el porvenir. En efecto, Rusia en paz con todo el mundo volvió su atención á los sucesos de Polonia.

«Rusia no sentía más que odio y desprecio por las aspiraciones de Polonia y consideraba al rey Estanislao como á un rey perjuro y traidor, expresando altamente su convicción de que los mismos poloneses no habían de tardar en destruir su obra. En efecto, los negocios en Polonia iban tomando un triste aspecto. Desde el mes de Julio Estanislao se quejaba de que no encontraba en Lituania más que tibieza; en la Ucrania la rebelión aientaba debajo las cenizas; los jefes del partido ruso, Félix Potocki y Branickia hablaban de ir á Jassy á buscar al príncipe Potemkin. Pero la inercia é incapacidad del nuevo gobierno eran todavía mayores que esta oposición. Desde hacía tres años, todos los patriotas hablaban de la necesidad evidente de elevar al ejército á la cifra de cien mil hombres; ahora que tenían el timón del gobierno entre sus manos, se satisfacían, al cabo de tres años, con haber llegado á obtener el mezquino efectivo de 20.000 hombres mal equipados...» «Dado este estado, es evidente que Polonia estaba destinada á ser presa ó instrumento del más poderoso de sus vecinos; ahora bien, Catalina no estaba dispuesta á reconocer en nadie una fuerza superior á la suya.» Esto también la declaraba la czarina en todas partes en alta voz, lo mismo en Varsovia que en Berlín y Viena, añadiendo que el emperador de lo que debía ocuparse era de Francia y no de Polonia y así para alejarle de Varsovia procuró Catalina comprometerle resueltamente.

Principió la emperatriz rusa por romper toda relación oficial con Francia y su gobierno, luego declaró que para ella el gobierno francés estaba en donde estuvieran los príncipes emigrados, y al efecto acreditó cerca de estos á un embajador, al conde Romanyow. Además, por bajo mano movía á Gustavo Adolfo de Suecia, siempre pronto á desembarcar en Flandes ó Normandía, como se le dieran los fondos necesarios por lo que instaba constantemente al emperador. Indudablemente, formando parte del complot para arrastrar al emperador, se presentó en Viena sin hacerse anunciar y sin pedir permiso el conde de Artois, á recordar á Leopoldo las promesas que le había hecho en Italia cuando la fuga de Luis XVI de París, en el preciso momento de que iba á salir el emperador para Pillnitz. Leopoldo que en esto por de pronto no se separaba de Kaunitz, le dijo que pues tanto insistía le retiraba las promesas que le había hecho, á pesar de que el futuro Carlos X le ofrecía en pago la Lorena, pues no le convenía la guerra, autorizándolo, sin embargo, para que le acompañara á Pillnitz si

bien le prevenía que no debía esperar cambio alguno en su conducta.

Kaunitz tal vez hubiese cambiado de sistema si España se hubiese presentado tan resuelta como Nápoles y Cerdeña para la intervención, pero de España no salían más que planes y buenas palabras, y como Inglaterra persistía en su neutralidad, no quería él que el imperio sostuviera una guerra que ya desde el primer momento había de poner en peligro sus provincias belgas, sin embargo, el hábil y prudente ministro temía siempre que el emperador no se dejase llevar de los impulsos de la sangre por las repetidas instancias de su hermana, cuando él creía que lo más conveniente era que los reyes de Francia se entendieran con la Asamblea nacional, fundándose precisamente en las mismas cartas contradictorias de María Antonieta, pues ésta, ora escribiendo, según luego decía, bajo la presión de los jefes de los partidos, indicaba esta solución, ora cuando protestaba de ella se deshacía en elogios en favor de Barnave y de Alejandro Lameth de quienes ponderaba su lealtad, franqueza y buenas intenciones. De modo, que la base para una inteligencia, existía, pero ya lo hemos dicho, lo que faltaba era la voluntad por parte de la corte.

Sybel nos ha dado á conocer el proyecto que el conde de Artois presentó en Pillnitz al emperador y al rey de Prusia hasta entonces poco menos que desconocido. Diez artículos tenía su Memoria y en ellos «se desenvolvía un plan de guerra inexorable. Era necesario, según decía, hacer todo lo posible para ganar la confianza de Luis XVI y para intimidar á sus opresores. A este fin, los hermanos del rey y todos los otros príncipes de la casa de Borbón debían publicar un manifiesto en el cual enumerarían todas las instituciones de la Asamblea nacional, anularían sus actos y protestarían contra la sanción real que se les había dado, haciendo valer que esta sanción había sido arrancada á Luis XVI por engaño y por violencia. Como era imposible dejar por más tiempo á Francia sin gobierno, el mayor de los hermanos del rey, Monsieur, el conde de Provenza, tomaría el título de regente, y anunciaría á la nación la cooperación de Austria, de España, de Nápoles, de Prusia, de Cerdeña, de Suecia, de Suiza, y según, todas las probabilidades de Rusia, haciendo á los habitantes de París responsables, bajo pena de muerte, de la seguridad de la familia real. El emperador debía reconocer tácitamente la regencia del conde de Provenza, á quién expondría las quejas de los señores alemanes á quienes se había perjudicado en sus intereses en la Alsacia, de-

biendo además con las tropas prusianas y sardas, avanzar sobre la frontera de Francia, permitir á los emigrados que se armasen en sus Estados, garantizando además, caso de que el landgrave de Hesse-Cassel prestase sus tropas á los príncipes franceses, el pago de las sumas que se convinieran. Por último se indicaba que por su parte el conde de Provenza iba á abrir un empréstito de doce millones.»

Leopoldo se indignó ante tales proposiciones encaminadas á restablecer pura y simplemente el antiguo régimen y con las cuales además se anulaba completamente á Luís XVI. Así, poco tuvo que hacer para convencer á Federico Guillermo para que las rechazase, conviniendo, sin embargo, en la declaración siguiente, cuya gravedad era notorio y aún así quedaron descontentos el conde de Artois, Bouillé y Calonne, siendo este último el alma de todas las negociaciones y el autor de la frase con que termina la famosa declaración de Pillnitz de 27 de Agosto de 1791. Acababa ésta diciendo «que ínterin» las potencias europeas se ponían de acuerdo para una intervención, que devolviera al rey su libertad y diera á Francia una constitución conforme con sus necesidades, «darían á sus tropas las órdenes convenientes para que se pusieran en estado de ponerse en actividad.» Leopoldo le escribió á Kaunitz que esta declaración nada significaba, pues la inteligencia de las grandes potencias tenía por centro Inglaterra, cuya actitud era de sobras conocida. ¿Pero si Francia se daba por agraviada y pedía explicaciones y de las palabras venían á las manos?

Pero no fué el manifiesto citado el que contestó directamente al plan propuesto por el conde de Artois con la misma fecha recibió éste una respuesta colectiva de los dos soberanos en la que le decían «que ya Luís XVI no ignoraba que existía una coalición europea en su favor y que esto debía bastarle para sostener su confianza, mientras que la elevación del conde de Provenza á la regencia produciría un efecto diametralmente opuesto. El mani-

fiesto propuesto por los príncipes de la casa de Borbón, no podía por otra parte, en caso alguno, publicarse antes de la reunión del Congreso, y por lo que toca al movimiento parcial de las tropas este no era posible. En cuanto á los derechos de los príncipes alemanes en Alsacia, el emperador sabría garantizarles con arreglo á las constituciones del imperio sin necesidad de la regencia de Monsieur, y respecto á Hesse-Cassel que éste no podía mover sus tropas sino con arreglo á la Constitución. En fin, el emperador y el rey de Prusia autorizaban á los emigrados á permanecer aislada y pacíficamente en sus Estados, pero se oponían á todo armamento antes de la conclusión de la coalición.

«Después de haber formulado su negativa los dos soberanos exponían su programa. Indicaban el restablecimiento del orden y de la monarquía en Francia como de la más alta importancia para todos los gobiernos; expresaban el deseo de invitar á todas las potencias de Europa á cooperar á ello, y si conseguían convencerles «sólo entonces y en este caso» intentarían la intervención activa.» Por último los dos soberanos se prometieron paz y amistad y la garantía mutua de sus países y de la Constitución de Polonia. Tal fué el resultado de la entrevista de Pillnitz.

¿Es ó no cierto que en Pillnitz se formó la primera coalición contra la revolución francesa? De hecho no, puesto que no llegó á formalizarse. Moralmente sí, y esto no lo pueden negar los escritores alemanes aún cuando entre éstos se cuente á Sybel. La intención del emperador, escudándose con la negativa de Inglaterra, podía salir fallida con un cambio en el gobierno inglés, y la coalición entonces existía de hecho. Es lo que se quiere, lo que constituye realmente el delito y lo que se quería en Pillnitz era restablecer más ó menos en su antigua autoridad al rey Luís XVI.

Ya veremos dentro de poco cómo y por dónde vino la guerra de Austria y Francia.



CAPITULO XIII

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA

Últimos trabajos de la Asamblea constituyente.—La nueva ley electoral.—Robespierre y Gregoire piden en vano el sufragio universal.—Resultados de su campaña parlamentaria.—Cómo los Orleans procuran rehacer su popularidad.—Revisión de la Constitución.—Último acto de la Constituyente: se adopta la proposición de Robespierre declarando traidor al que se une á la corte para modificar la Constitución.—Por qué los reyes estaban decididos á aceptar la Constitución.—Los emigrados protestan de dicha aceptación.—Preséntase la Constitución al rey.—Generosidad y confianza de la Constituyente.—Escrúpulos reales: quiénes aconsejaban su pronta aceptación.—Aceptala al fin el rey: su mensaje.—Propone Lafayette la amnistía general política.—Es votada por unanimidad.—Su efecto en la opinión.—La sesión real.—Promúlgase la Constitución: 18 de Setiembre de 1791.—Popularidad del rey.—Despide afectuosamente á la Asamblea: 30 de Setiembre.—Inaugura sus sesiones la Asamblea legislativa: 1.º de Octubre.—Las elecciones para la legislativa.—Son derrotados en masa los partidarios del antiguo régimen.—Las elecciones en París: triunfo de los feullants.—Son elegidos Brissot y Condorcet.—Confianza de la nación.—Créese terminada la agitación política.—La Asamblea legislativa es una Asamblea de jóvenes.—Si los clubs podían ser su contrapeso.—Dificultades que se preveían si andaban discordantes la Asamblea y los clubs.—Declárase constituida la Asamblea el 4 de Octubre.—Presta juramento de «vivir libre ó morir.»—Vuelve la etiqueta á revelar el estado de los ánimos.—Sus consecuencias: Couthon pide la abolición del tratamiento que se da al rey.—Vota la Asamblea esta proposición.—Indignación del rey.—Se revota la Asamblea.—Descrédito de la Asamblea.—La cuestión de los emigrados.—Invítale Luís XVI á que regresen á sus casas.—Negativa de los emigrados.—Pide Brissot que se renueven las leyes de las Constituyentes.—Pide además que se procese á los príncipes reales si no obedecen.—Apóyanle Vergniaud é Isnard: su triunfo parlamentario: su elocuencia.—Enérgica resolución de la Asamblea: decreto del 31 de Octubre.—Impertinente actitud del conde de Provenza.—Sus resultados.—Luís XVI pone su veto á los decretos de la Asamblea: funesto efecto de estas medidas.—Cómo pretende Luís XVI remediarlo.—Los emigrados se resisten á todo acomodamiento.—Situación difícil del rey.—La cuestión de los curas refractarios.—Estado de la misma.—Declaraciones del marqués de Ferrières.—La Vendée.—Su pacificación por Gallois y Gensonné.—Avinón incorporado definitivamente á Francia.—Protesta y actitud del Papa: sus consecuencias.—Los obispos en la Asamblea.—Túrbase el orden en las provincias.—Acuerda la Asamblea que todos los curas presten el juramento cívico.—Niégase la mayoría del clero á prestarlo.—Opone por su parte el rey su veto.—Qué podía proponerse el rey suspendiendo todos los decretos de la Asamblea.—Actitud de la reina.—Derrota la candidatura constitucional para el municipio de París.—Triunfo de Petion, Manuel y Danton.—Ascendiente justificado de los republicanos en la Asamblea.—Deciden á la Asamblea que se reclame de los reyes el respeto debido á la independencia de Francia.—Vaublanc redacta el mensaje: 29 de Noviembre de 1791.—El emperador y el rey de Prusia dan orden para que se disuelvan los grupos de emigrados.—Actitud de Rusia y Suecia: sus armamentos.—Actitud de España.—El elector de Treveris.—Cómo se marchaba á la guerra.—Los girondinos la desean.—Los jacobinos se oponen.—Los feullants se dividen: Lafayette partidario de la guerra.—La liga de Necker secunda á Lafayette: la señora de Staël.—Cómo Narbonne fué al ministerio de la Guerra.—Narbonne contesta al elector de Treveris.—Declárale Francia condicionalmente la guerra.—Marchan tres ejércitos á la frontera: Rochambeau, Luckner y Lafayette se encargan de ellos.—Robespierre, Desmoullins y Marat contra la guerra.—Brissot contra Robespierre.—Los jacobinos se deciden por la guerra.—Resentimiento de Robespierre.—El emperador interviene en favor de los príncipes alemanes de Alsacia.—Insensatez de su reclamación.—Propone Condorcet el 29 de Diciembre de 1791 la guerra si no se da satisfacción á Francia.—Francia obtiene la satisfacción que reclama.—La Asamblea decreta el 1.º de Enero de 1792 que se forme causa á los príncipes.—Triunfo de Brissot y los girondinos.—Su responsabilidad.



MIENTRAS todos estos negocios llevaban ocupados á los soberanos europeos, en Francia se tomaban serias disposiciones para resistir la invasión extranjera y se apresuraba

la venta de los bienes nacionales para tener dinero. A últimos de Agosto había producido ya esta venta mil millones de pesetas que hoy equivaldrían á dos veces y media más dicha cantidad. Al mismo tiem-